

del mediodía invitó a Gustavo a estirar las piernas hasta la plaza. En su camino se atravesó un hombre con la cabellera casi blanca, vestido como un cavernícola. Se detuvo, y tomando una antorcha encendida la metió en su boca. Acto seguido, alejó el fuego de su boca y ante los ojos atónitos de Gustavo tomó una espada que traía en un cinturón de cuero y se la tragó. Hizo una reverencia, mientras el mango de la espada permanecía en su boca, y le alcanzó un volante. Finalmente, se quitó la espada de la boca, hizo otra reverencia y se marchó.

“EL CAVERNÍCOLA, DEVORA FUEGO, TRAGA SABLES. NO SE LO PIERDA HOY EN EL GRAN CIRCO REX”.

Gustavo leyó el volante, pensó un poco y se encaminó hacia el circo.

-¿Quién es el encargado?- preguntó.

De una de las carpas salió un hombre obeso de larga barba.

-Yo soy el dueño – le dijo -¿Qué desea?

-Tengo el volante del circo y quisiera hablar personalmente con “El cavernícola”, porque quizás él me pueda enseñar a comer espejos para conocerme mejor por dentro.

El encargado lo miró, primero con asombro, creyendo que era una broma, pero luego, si lo que decía aquel hombre era cierto, no era mala idea encontrar un número que complementara el de “El cavernícola”, que ya estaba un poco viejo.

En la siguiente gira el circo tuvo un número más de ilusionismo, aplaudido y reconocido en todo el país.

Gustavo era feliz, pudo verse al fin por dentro con espejos de todos los tamaños.

Javier me hizo llegar la invitación del Circo que pronto se presentará en nuestra ciudad: “VEA AL PRÍNCIPE GUSTAVO, EL COME ESPEJOS MÁS GRANDE DEL MUNDO, TODOS LOS DOMINGOS EN EL GRAN CIRCO REX”.

Mención en Narrativa.

Un río de fe

Mario Londinsky

En la puerta de la sala se podía leer (o adivinar), en un despintado cartel de acrílico: “Sala 21- Cirugía”. Adentro, en camas vecinas, el paciente de la cama cuatro (amputado del pie izquierdo por “complicación de una diabetes”, según le dijo el cirujano), dialogaba airadamente con el de la cinco, candidato a una cirugía similar en los próximos días.

-No me venga con cuentos don Eustaquio, ustedes los de Treinta y Tres han exagerado tanto con ese río que dentro de poco va a ser más grande que el Paraná o el Amazonas ¡déjese! ¡por favor!

-No, no, no, compañero no se confunda, el Olimar no es tamaño, es otra cosa, como le voy a explicar... Es como dicen ahora los muchachos, un sentimiento. Usted toma agua del Olimar desde chico y se va criando allí en ese pueblo, ¡y que quiere que le diga!, no es fácil de explicar. Hay que sentirlo, hasta protegido por el río uno se siente.

-¿Protegido?, pero déjese don Eustaquio, ¿no ve como estamos?, ¿no ve como estoy yo?, y como va a estar usted en unos días. ¡Por favor!

Recién se iba despertando de la anestesia cuando vio que desde la puerta, iban entrando a la visita, como en procesión, un río de túnicas blancas que se acercaban a su cama.

Tanteó debajo de la sábana, y para su sorpresa tenía cada pie en su lugar.

Cuando pararon frente a la cama cinco el residente comentó: -No hubo que amputar, se le hicieron tres by pass.

-Tres ¿qué? Pregunto don Eustaquio.

-Tres puentes, viejo, tres puentes.

Don Eustaquio miró a su vecino, y con una guiñada cómplice, le dijo: “tres puentes ¿vio?; como el Olimar”.